

La Comédiathèque

**Como
una película
de Navidad**

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Como una película de Navidad...

Jean-Pierre Martinez

Kimberley heredó de su abuela la receta secreta de sus famosas galletas. En la víspera de Navidad, junto a su mejor amiga Jennifer, Kimberley está a punto de abrir una tetería al pie del edificio donde vivía la abuela, Yaya. Un proyecto que le es muy querido, en el cual ha invertido todos sus ahorros. Sin embargo, un promotor sin escrúpulos está dispuesto a todo para comprar su tienda, con el objetivo de demoler el edificio y construir en su lugar una residencia de lujo. ¿Logrará Kimberley superar estos desafíos y finalmente encontrar el amor? Un verdadero guión de película de Navidad... ¡pero peor!

Personajes

Kimberley : la heroína
Jennifer : la mejor amiga
Cindy : la rival malvada
Kevin : el prometido oficial
Brian : el pretendiente improbable
Gregory : el padre compasivo
Samantha : la madre abusiva
William : el cartero
Alex : el (o la) promotor/a
Ramírez : el inspector (o la inspectora)
Sánchez : el investigador (o la investigadora)

Los roles de Sánchez y Gregory pueden ser interpretados por el mismo actor.

Los dos policías pueden ser reducidos a uno solo.

*Los roles del promotor y de los dos policías
pueden ser tanto masculinos como femeninos.*

Posibles repartos

para 9 actores : 5H/4M o 4H/5M
para 10 actores – 6H/4M o 5H/5M o 4H/6M
para 11 actores – 7H/4M o 6H/5M o 5H/6M o 4H/7M

© La Comédiathèque

Una casa de té un poco kitsch, con solo una mesa y tres sillas por el momento. En una esquina, un árbol de Navidad decorado. Se escucha una música navideña bastante cursi. Dado que esta comedia es una parodia de las películas de televisión de fin de año en su forma más caricaturesca, todo en el escenario y los trajes evoca un mundo de romance popular. Los actores pueden exagerar, especialmente cuando se trata de recitar las frases cliché que constituyen la mayor parte de los diálogos de este tipo de películas. Kimberley entra, se sube a un taburete y completa la decoración del árbol colocando una enorme estrella en la cima. Jennifer llega. La música se detiene.

Jennifer – ¿Entonces, ya está? ¡Es el gran día!

Kimberley – No he cerrado un ojo en toda la noche...

Jennifer – Yo tampoco.

Kimberley – Los nervios antes del estreno, como yo...

Jennifer – Sí... y también el chico con el que pasé la noche.

Kimberley – Ah, sí...

Jennifer – Un Mexicano que conocí anoche...

Kimberley – ¿Lo volverás a ver?

Jennifer – Es un repartidor de pizzas... Solo tienes que llamar... Te pasaré el número, si quieres... Te aseguro que por el precio de una cuatro quesos... no te decepcionarás.

Kimberley – De acuerdo...

Jennifer ve el árbol.

Jennifer – ¡Dios mío, es realmente hermoso!

Kimberley – Lástima que Yaya no pueda verlo este año.

Jennifer – Ya ha pasado un año desde que tu abuela nos dejó. Parece que fue ayer...

Kimberley – Y, sin embargo, fue exactamente hace 365 días.

Jennifer – Es increíble... entonces has contado los días.

Kimberley – Sí, bueno... un año, ya sabes...

Jennifer – El 25 de diciembre...

Kimberley – En la noche del 24 al 25, en cualquier caso. La encontramos allí en la mañana, toda azul, caída al pie del árbol.

Jennifer – En medio de los regalos dejados durante la noche por Papá Noel... Menudo regalo... Nunca supimos realmente qué pasó.

Kimberley (*señalando la estrella en la parte superior del árbol*) – Todavía sostenía en su mano la estrella que solemos colocar en la cima del árbol...

Jennifer – Y había un taburete volcado a sus pies.

Kimberley – Debe haber resbalado al intentar volver a colgar esa estrella caída del cielo.

Jennifer – O tal vez... quería ahorcarse con el cable de las luces, y el árbol no resistió su peso. Navidad es tan deprimente.

Kimberley – Y al final, pesaba al menos doscientos kilos...

Jennifer – Y pensar que a los veinte años fue Miss Kansas.

Kimberley – Miss Arkansas. Miss Kansas fui yo.

Jennifer – Espero que no termines como ella...

Kimberley – ¿Obesa, quieres decir?

Jennifer – O ahorcada... De todos modos, en lugar de esa cometa, ella fue la que se estrelló en el suelo. Afortunadamente, no había nadie debajo.

Kimberley – No puedes imaginarte lo culpable que me siento...

Jennifer – Pero vamos, ¿no tienes la culpa!

Kimberley – Si hubiera colgado mejor esa maldita estrella...

Jennifer – Estoy segura de que hoy Yaya está en el cielo y nos mira desde arriba.

Kimberley – No sé si aprobaría mis planes...

Jennifer – Estoy segura de que sí. Le encantaba deleitarnos a todos con sus famosas galletas.

Kimberley – Son tan deliciosas.

Jennifer – Y tan nutritivas...

Kimberley – Es cierto... Desde que murió, no solo perdí a una abuela... También perdí cinco kilos.

Jennifer – Abrir esta casa de té será la oportunidad de dar a conocer las galletas de Yolanda en toda la ciudad. ¡Y por qué no en todo el país!

Kimberley – Pero estoy pensando... Todavía estaba buscando un nombre para nuestro establecimiento... ¿Y por qué no simplemente "Las galletas de Yaya"?

Jennifer – ¡Qué idea tan maravillosa! Será una forma de rendir homenaje a tu abuela, que te dejó la receta secreta de sus famosas galletas antes de morir.

Kimberley – Afortunadamente, también me dejó este pequeño apartamento en la planta baja, en un vecindario que se está volviendo muy de moda.

Jennifer – Una vivienda insalubre que convertiremos en la casa de té más elegante de todo Mekansas City.

Kimberley – Espero que podamos lograrlo... porque he invertido todos mis ahorros en redecorar.

Jennifer – ¡La vida es como Papá Noel, Kimberley! O el Ratón Pérez. Solo necesitas creer para que te traiga regalos y dinero.

Kimberley – ¡Tienes razón! Solo necesito un poco de ánimo de vez en cuando, cuando estoy un poco baja...

Jennifer – ¡Por supuesto! No puedes conformarte con beber whisky a escondidas...

Kimberley – A veces, me gustaría poder depender un poco más del apoyo de Kevin. Después de todo, estamos comprometidos...

Jennifer – No hay que culparlo demasiado. Él también tiene su trabajo. Pero estoy aquí para ayudarte, Kimberley.

Kimberley – Lo sé... Desde el jardín de infancia, siempre has sido mi mejor amiga. Sin ti, nunca hubiera tenido la fuerza para embarcarme en esta aventura.

Jennifer – Nunca podré agradecerte lo suficiente por darme la oportunidad de recuperarme, Kimberley. La vida no ha sido fácil para mí desde que salí de prisión... Y si no hubieras tenido la amabilidad de pagar mi fianza, todavía estaría tras las rejas...

Kimberley – Me pagarás poco a poco con tus primeros salarios.

Jennifer – Tú vas a tener éxito, estoy segura. Siempre lo has logrado todo en tu vida. Mientras que yo...

Kimberley – Sí... Pero para lograrlo, necesito comprar la tienda de al lado para expandirnos un poco. Aquí es demasiado pequeño...

Jennifer – ¡La tienda de flores! ¡Está al borde de la quiebra! La florista aceptó vendértela a buen precio, y acabas de firmar el compromiso.

Kimberley – Sí... pero aún no tengo la respuesta del banco para el crédito...

Jennifer – Estoy segura de que todo saldrá bien. ¡Vamos a ser un éxito!

Kimberley – En cualquier caso, por ahora, los clientes no se apresuran.

Jennifer – ¿Estamos supuestas a abrir a las ocho, y solo son las siete y cincuenta y cinco. ¡No te preocupes tanto!

Kimberley – Tienes razón, debo calmarme. No he dormido en toda la noche, pero al menos no he perdido el tiempo. Las galletas aún están calientes. ¡Hice más de mil!

Jennifer – ¿Mil?

Kimberley – ¿Crees que es demasiado?

Jennifer – Si tenemos diez clientes durante el día y cada uno compra cien...

Kimberley – O cien clientes que compren diez...

Jennifer – O incluso cincuenta clientes y que compran... ¿Cuántas deberían comprar en ese caso?

Kimberley – Espera, sacaré mi calculadora, porque ya sabes, los números...

Se escucha el tintineo de la campana en la puerta para indicar la llegada de un cliente.

Jennifer – Ah... ¡Aquí está tu primer cliente!

Entra Brian, un hombre joven de aspecto atractivo, pero vistiendo ropa visiblemente demasiado grande para él.

Kimberley – ¡Dios mío! Y aún nada está listo...

Jennifer – Vamos, cálmate. Solo tienes que servirle una taza de café... y preguntarle si quiere galletas.

Kimberley – ¡Nuestro primer cliente! Tenemos que hacer todo para satisfacerlo...

Jennifer (*emocionada*) – ¿Todo? ¿De verdad?

Kimberley – Ni siquiera tuve tiempo de peinarme.

Jennifer – ¿Quieres que me encargue yo?

Kimberley – No... Es cosa mía hacerlo.

Hace un esfuerzo por calmarse, arregla un poco su cabello, se endereza el pecho y se acerca a Brian.

Brian – Hola.

Kimberley – Bienvenido a nuestro modesto salón de té... destinado a convertirse en los próximos años en una cadena internacional de franquicias, bajo el nombre de... "Las galletas de Yaya".

Brian (*sorprendido*) – Gracias... Yo... ¿Puedo tener un café?

Kimberley – Claro. ¿Desea algo para acompañar su café?

Brian – No, gracias, está bien... Estoy un poco apurado...

Kimberley – ¿No se va a ir sin probar las galletas de Yolanda...?

Brian – ¿Usted se llama Yolanda?

Kimberley – No... Yolanda falleció, lamentablemente.

Brian – Espero que no haya sido después de comer una de esas famosas galletas...

Kimberley – Era mi abuela... Se colgó del árbol... Quiero decir... fue un accidente. Bueno, eso creo...

Brian – Lo siento mucho...

Kimberley – No se disculpe, no tiene la culpa... al menos hasta que la policía demuestre lo contrario... ¿Entonces?

Brian – ¿Perdón?

Kimberley – ¿Tiene alguna preferencia para las galletas? Tenemos más de treinta sabores diferentes... *(En tono de confianza)* Pero no se preocupe, todos llevan chocolate...

Brian – Es decir que...

Kimberley – Muy bien. Cortesía de la casa. Solo pagará el café...

Brian – ¿En serio?

Kimberley – Acabamos de abrir, usted es mi primer cliente. *(Enderezándose para resaltar su generoso escote)* Considérelo como una oferta de lanzamiento...

Brian – En ese caso... Le dejo elegir el sabor... Ya que todos son de chocolate...

Kimberley sonríe y se aleja para preparar el pedido.

Kimberley – Entonces, ¿cómo estuvo?

Jennifer – Muy elegante...

Kimberley – De acuerdo, tal vez exageré un poco...

Jennifer – Podemos esperar un poco antes de revelar nuestra estrategia internacional. Por ahora solo tenemos una mesa...

Kimberley – ¿Conoces a ese tipo?

Jennifer – No...

Kimberley – Su cara me suena vagamente... Pero lo que está debajo no me suena de nada...

Jennifer – Es verdad que está vestido como un desastre... En cualquier caso, no es alguien de aquí. Lo habría notado...

Kimberley – ¿Oh sí?

Jennifer – De todas maneras, tiene buen aspecto.

Kimberley – Sí...

Jennifer – ¿No lo notaste?

Kimberley – Te recuerdo que estoy comprometida...

Jennifer – ¡Eso no impide tener ojos! No porque ya tengas tostadas sin sal en casa, no puedes maravillarte ante la vitrina de una pastelería...

Kimberley – Ve tú... Te cambiaré de los repartidores de pizza...

Jennifer – Sí... pero al parecer, no soy yo la que le interesa...

Kimberley – Me pregunto qué estará haciendo aquí.

Jennifer – Puedes preguntarle.

Kimberley – Jennifer, sería indiscreto.

Kimberley sirve a Brian.

Brian – Gracias...

Kimberley – Este es de jengibre. Según mi abuela, es afrodisíaco. Cuénteme cómo le va... ¡Buen provecho!

Kimberley vuelve a Jennifer.

Jennifer – ¡Buen provecho...?

Kimberley – En cualquier caso, parece que las disfruta. Mi abuela tenía razón cuando decía que el jengibre es afrodisíaco. Mira, parece mucho más sonriente que cuando llegó...

Brian lanza una mirada a Kimberley con una gran sonrisa.

Jennifer – Sí... Casi babea al mirarte... ¿Estás realmente segura de saber qué significa la palabra "afrodisíaco"?

Kimberley – No sé... Como un buen porro, ¿no? Algo que te devuelve la sonrisa...

Jennifer – Creo que estás confundiendo afrodisíaco con euforizante.

Kimberley – ¿Oh sí? (*Mirando su reloj*) Oh Dios mío, tengo que llamar al banco... Te dejo encargarte de él. Sé amable, pero trata de mantener cierta distancia, si entiendes a lo que me refiero...

Ella sale. Jennifer se acerca a Brian.

Jennifer – Entonces... aceptas las cookies.

Brian – Mi madre siempre me dijo que rechazara las golosinas de una desconocida. Pero la camarera es tan encantadora.

Jennifer – Kimberley es la dueña de este establecimiento.

Brian – Y aparentemente, no le falta ambición.

Jennifer – Aquí es demasiado pequeño. Tendremos que expandirnos.

Brian – Internacionalmente, entonces...

Jennifer – Comenzaremos por la tienda de al lado. Eso nos permitirá poner una o dos mesas más.

Brian – Cuidado. Hitler empezó invadiendo Polonia, y mira dónde nos llevó...

Jennifer – Este proyecto es importante para nosotros. Será un nuevo comienzo tanto para ella como para mí.

Brian – ¿Un nuevo comienzo, de verdad...?

Jennifer – Acabo de salir de prisión.

Brian – Vaya... A pesar de eso, a simple vista... Cualquiera diría que eres un alma santa...

Jennifer – Me casé muy joven, y no elegí a la persona correcta.

Brian – Sucede, desafortunadamente.

Jennifer – Me contó que era vendedor. Cuando me di cuenta de que estaba comercializando heroína, ya era demasiado tarde.

Brian – Ya estabas enganchada...

Jennifer – Sobre todo, ya estaba embarazada. La policía registró nuestra casa. Encontraron droga en un bote de leche para bebé.

Brian – Pero eso es horrible...

Jennifer – Estoy en libertad condicional. Llevo un brazalete electrónico. ¿Quieres verlo?

Le muestra el brazalete que lleva en el tobillo.

Brian – Te aconsejaría que no lo mostrases a cualquiera... Podría asustar a la clientela de una sala de té...

Kimberley regresa.

Kimberley – ¿Todo bien?

Brian – Sí, sí... Estaba charlando con...

Jennifer – Jennifer. Y tú, ¿cuál es tu nombre?

Brian – Brian.

Jennifer – ¿Y qué te trae por aquí, Brian?

Kimberley lo fulmina con la mirada.

Brian – Una cita de trabajo. Soy arquitecto.

Jennifer – ¿Arquitecto?

Brian – Diseño casas, edificios, oficinas...

Jennifer – En cualquier caso, también parece tener grandes ambiciones... especialmente para el tamaño de tu ropa.

Kimberley (*para cambiar de tema*) – Entonces, ¿qué hay de esas galletas? ¿Le gustaron?

Brian – Excelentes, realmente. Pero temo que después de probar algunas, no podré dejarlas. ¿Es una droga dura, verdad? (*Lanza una mirada incómoda a Jennifer.*) Quiero decir... temo que sea muy adictivo...

Jennifer (*coqueta*) – Me retiro. Tengo cosas que hacer en la cocina... ¡Hasta pronto! Ya que ya no puedes prescindir de nosotras...

Jennifer sale.

Kimberley – Quería decir de nuestras galletas, por supuesto.

Brian – Es cierto que es una persona muy encantadora.

Kimberley – Quiere decir un poco pegajosa, supongo.

Brian (*mirando su reloj*) – Realmente tengo que irme... Pero prometo que nos volveremos a ver.

Kimberley – Con gusto.

Se levanta para irse.

Brian – De hecho, viví en la zona durante unos años. Hace mucho tiempo.

Kimberley – ¿En Mekansas City?

Brian – Sí... En Mekansas City. ¿Y usted?

Kimberley – Nací aquí.

Brian – Quién sabe... Tal vez ya nos hemos cruzado...

Kimberley – En todo caso, no lo recuerdo.

Brian – Después de la secundaria, decidí probar suerte en otro lugar.

Kimberley – Bueno, lo entiendo. ¿Sabes lo que se dice de los habitantes de Mekansas City...?

Brian – No...

Kimberley – "Guapos y tontos a la vez".

Brian – Parece que no era lo suficientemente guapo ni lo suficientemente tonto para destacar en un lugar así.

Kimberley – Bueno... ¡Hasta pronto!

Brian – Volveré a probar esas deliciosas galletas afrodisíacas.

Brian le hace un pequeño gesto de despedida. Kimberley le responde con una sonrisa cortés. Se va. Samantha, la madre de Kimberley, llega. Está vestida al estilo BCBG, y toda su actitud rezuma esnobismo.

Samantha – Bueno... Parece que no hay mucha gente para un día de inauguración...

Se dan un beso bastante frío.

Kimberley – Hola mamá. ¿Papá no está contigo?

Samantha – Está estacionando el coche. Hay que decir que en el vecindario, para encontrar un lugar... Tendrás que pensar en un servicio de aparcacoches.

Kimberley – ¡Es un salón de té, mamá! No un restaurante de lujo...

Samantha – Y ¿quién es ese guapo joven tan mal vestido que acaba de salir de aquí?

Kimberley – Mi primer cliente.

Samantha – Pobrecita... Una mujer de mundo como tú, aún soltera, no debería tener clientes... Solo pretendientes. ¿Estás realmente segura de querer dirigir un bar?

Kimberley – Un salón de té, mamá. ¡No un bar! Y ¿por qué no?

Samantha – Soy baronesa. Heredé ese título de mi padre. Y algún día, te lo legaré a ti.

Kimberley – ¿Y entonces?

Samantha – Una baronesa no puede ser camarera, ni siquiera en un salón de té. Cuando una baronesa toma el té, ¡es ella la que es servida!

Kimberley – Tal vez tu abuelo fuera barón, pero Yolanda, tu madre, era criada, te recuerdo. Antes de casarse con él...

Samantha – Casarse con su sirvienta... Prefiero no hablar de ese desigual matrimonio...

Kimberley – No hables mal de Yolanda, por favor... Quería mucho a mi abuela.

Samantha – Nunca le perdonaré que me haya infligido este nombre...

Kimberley – Samantha? Es muy bonito.

Samantha – Para una plebeya, quizás, pero la Baronesa Samantha de Casteladrón, ya sabes...

Kimberley – También te casaste con un plebeyo, te recuerdo.

Samantha – Al menos no era mi sirviente...

Kimberley – ¡Era tu mecánico!

Samantha – Sí... Pero él tenía dinero.

Kimberley – Y te regalaba las reparaciones de carrocería...

Samantha – Cuando dices las reparaciones de carrocería, supongo que te refieres al viejo coche que yo tenía en ese momento...

Kimberley – Es cierto que también pagaba por tus operaciones de cirugía estética...

Samantha – ¿Qué se le va a hacer...? Necesitaba dinero... Para darte una educación decente y permitirte hacer estudios respetables. Todo para que ahora...

Gregory, su padre, llega. Está vestido de manera mucho más común, y su actitud general recuerda sus orígenes populares.

Gregory – ¡Hola Kimberley!

Samantha – En cualquier caso, si a ti tampoco te gusta tu nombre, que sepas que fue tu padre quien lo eligió...

Kimberley – Hola papá.

Kimberley y su padre se dan un beso de manera mucho más cálida.

Gregory – ¡Increíble, es precioso! Felicidades por la decoración. Ya no se reconoce en absoluto el apartamento de Yaya.

Samantha – Por suerte, era un agujero...

Kimberley (*a su padre*) – Gracias. Jennifer me ayudó mucho.

Gregory – Entonces, ¿cómo va el negocio?

Kimberley – Por ahora, ya sabes, estamos en fase de prueba.

Samantha – Sí, con una sola mesa... Mejor no tener dos clientes a la vez...

Kimberley – También ofrecemos servicio para llevar.

Gregory – Estoy seguro de que vas a tener mucho éxito con las galletas de Yaya. Yo también las adoraba...

Samantha – Por ahora, ya está haciendo desdichada a su madre... Será mejor que encuentres un marido.

Gregory – Te recuerdo que ya tiene un prometido...

Kimberley – Mamá, estamos en el siglo veintiuno.

Samantha – Sí, y es una lástima. En mi época, las mujeres de sociedad no necesitaban trabajar. Y al parecer, no será tu contador quien te mantendrá. De hecho, me pregunto si no es tu dinero lo que le interesa...

Kimberley – ¿Mi dinero?

Samantha – Digamos tu herencia, entonces.

Gregory – ¿Qué quieres? Los tiempos cambian, Samantha. Hay que vivir con la época. Me parece muy bien que nuestra hija esté creando su propio negocio. No querrás que se vea obligada a casarse con un mecánico, como tú... o casarse con su jefe, como tu madre.

Samantha – Bueno, de todas formas, estábamos de paso.

Gregory – En fin, Samantha, no nos iremos sin haber probado las galletas de Yaya. O más bien, las galletas de Kimberley, porque estoy seguro de que les has añadido tu toque personal, ¿verdad?

Kimberley le responde con una sonrisa cómplice.

Samantha – Bueno, está bien, pero rápido.

Kimberley les presenta una bandeja.

Gregory – Gracias, cariño... Tienen muy buena pinta... ¿Este es de qué?

Kimberley – De jengibre. Según Yaya, es afrodisíaco. O checoslovaco, ya no lo recuerdo. A mí, ya sabes, las palabras complicadas...

Gregory le lanza una mirada sorprendida, pero coge una galleta sonriendo. Samantha declina la oferta.

Samantha – No para mí, gracias. Es cierto que están muy buenos, pero no para la línea. Estoy tratando de cuidarme un poco... Y Gregory, tampoco exageres... Si no quieres ponerte tan enorme como tu difunta suegra.

Gregory, que iba a tomar otra, se echa atrás. Alex, un hombre de aspecto próspero, llega.

Alex – Señores...

Samantha – Te dejaremos. De lo contrario, tu segundo cliente no podrá sentarse...

Gregory – Adiós, cariño.

Le desliza un billete en la mano.

Kimberley – En fin, papá... Es cortesía de la casa...

Gregory – De ninguna manera. Los negocios son los negocios.

Samantha – Entonces, ¿vienes, Gregory?

Gregory – Voy...

Samantha y Gregory salen.

Kimberley – Hola. Por favor, siéntese aquí, es nuestra mejor mesa...

Alex mira a su alrededor, sorprendido al ver que no hay otras.

Alex – Gracias, pero... no he venido a consumir. Quería hablar un momento contigo.

Kimberley – ¿Hablar? Qué bonito dicho... ¿Eres periodista, verdad? ¿Quieres hacer un artículo sobre la apertura de este nuevo salón de té? Estaré encantada de satisfacer todos tus deseos...

Alex – ¿En serio?

Kimberley – Quiero decir, responder a todas tus preguntas...

Alex – No soy periodista, trabajo en bienes raíces.

Kimberley – De acuerdo... ¿Es sobre el compromiso que firmé para comprar el local de al lado? Acabo de hablar con mi banco por teléfono. Desafortunadamente, aún no tengo una respuesta definitiva para el préstamo...

Alex – Soy promotor... He venido a ofrecerte un trato...

Kimberley – Te escucho...

Alex – Hace algunos años, comencé a comprar todos los apartamentos de este edificio. Solo tu abuela siempre se negó a venderme el suyo.

Kimberley – Y... ¿por qué querer comprar todos estos apartamentos? Bastante deteriorados, hay que decirlo...

Alex – Soy promotor, te lo dije. Tengo un proyecto inmobiliario.

Kimberley – ¿Un proyecto?

Alex – Construir otro edificio en este lugar. Mucho más alto, por supuesto. Y mucho más hermoso. Apartamentos de lujo.

Kimberley – Lo que supone destruir este.

Alex – Por supuesto...

Kimberley – No me sorprende que mi abuela haya rechazado.

Alex – Pero tu abuela ya no está. Y he venido a ofrecerte comprarte este apartamento.

Kimberley – No hay posibilidad.

Alex – Me importa mucho este proyecto. Puedo ofrecerte un buen precio. Superior al del mercado.

Kimberley – Como ves, también tengo planes para este lugar, que heredé de mi abuela. Y acabo de firmar un compromiso para comprar el local contiguo.

Alex – También estoy dispuesto a compensarte si renuncias a comprar esta tienda de flores.

Kimberley – ¿Cindy tampoco quiso venderte su tienda?

Alex – Su negocio está en quiebra. Pensé que no pondría objeciones.

Kimberley – Esperabas a que cerrara para comprarle su local por una ganga.

Alex – De todos modos, descubrí demasiado tarde que había firmado un compromiso contigo...

Kimberley – ¿Y qué proyecto tienes para estos dos locales de la planta baja?

Alex – Comprendes que para un edificio de lujo, y dada la tarifa que planeamos cobrar por estos espacios comerciales, una cadena nacional sería más adecuada que una simple cafetería antigua.

Kimberley – ¿Una cadena nacional?

Alex – Starfucks está interesado.

Kimberley – Starfucks. Más bien muerta que dejarlo.

Alex – En el estado actual, tu proyecto no es viable. Aceptando mi oferta, también podrías hacer un buen negocio.

Kimberley – Me importa mucho este salón de té.

Alex – Si sueñas tanto con tener una cafetería, podría interceder por ti ante la dirección de Starfucks. Estoy seguro de que considerarían favorablemente tu candidatura para la gestión de su establecimiento en Mekansas City.

Kimberley – ¿En serio?

Alex – Con tu entusiasmo... y tu físico, estoy seguro de que lo harías muy bien. Por supuesto, no podrías conservar a tu personal... Ni tus cookies caseras.

Kimberley – ¡Jamás!

Alex – Piénsalo. Para ti, es una propuesta inesperada.

Kimberley – Ya lo he pensado.

Alex – Podrías arrepentirte un día de no haber aceptado mi oferta.

Kimberley – ¿Es una amenaza?

Alex – Es un consejo de amigo.

Kimberley – Ahora, por favor, sal de aquí. Te advierto que puedo ser capaz de violencia, y tengo el cinturón amarillo de judo.

Alex – Te dejo mi tarjeta. Por si cambia de opinión...

La deja sobre la mesa y se va. Kimberley parece muy perturbada. Llega Kevin, un hombre guapo con elegancia austera.

Kevin – ¿Todo bien, cariño? Parece que has visto al diablo.

Kimberley – No estás lejos de la verdad...

Kevin – ¿Pasó tu madre?

Kimberley – Peor...

Kevin – ¿Peor?

Kimberley – Un promotor inmobiliario. Quiere comprar el edificio para demolerlo y construir apartamentos de lujo en su lugar.

Kevin – ¿En serio?

Kimberley – Incluso planea abrir un Starfucks en la planta baja.

Kevin – ¡Genial! (*Viendo por la expresión de Kimberley que no es la respuesta que esperaba*) Bueno, quiero decir... Y ¿qué le dijiste?

Kimberley – ¡Que no estoy en venta!

Kevin – Claro, cariño... Bueno, todo depende del precio...

Kimberley – Fue muy insistente... Casi me amenazó.

Kevin – No me sorprende que este lugar atraiga la atención de los promotores. El barrio está en plena renovación.

Kimberley – Por eso creo en nuestro proyecto.

Kevin (*escéptico*) – Las galletas de Yaya...

Kimberley – Sé que nunca has creído en mi idea, pero esta vez te pido que confíes en mí, Kevin. Si me amas...

Kevin – ¡Claro que te amo! ¿No nos vamos a casar?

La abraza brevemente para reconfortarla.

Kimberley – Necesito que creas en mí, ¿entiendes?

Kevin – Creo en ti, Kimberley, pero aún así podríamos considerar esta oferta con calma. ¿Cuánto te ofreció exactamente?

Kimberley – No sé, no le pregunté. De todas formas, no hay manera de que acepte. No es cuestión de dinero. Como dice papá, el dinero no lo es todo en la vida...

Kevin – Eso es más fácil de decir para alguien como tu padre. Con su taller, está forrado. Si pudiera prestarnos algo de dinero para ayudarnos a establecernos...

Kimberley – Papá no se opondría, estoy segura. Es mamá quien no quiere que me embarque en los negocios...

Kevin – Negocios... A propósito, ¿el banco te dio una respuesta sobre tu préstamo?

Kimberley – No, aún no.

Kevin – Sin ese préstamo, sabes que tu proyecto no es viable.

Kimberley – Hablas como un contador.

Kevin – Pero, Kimberley... ¡soy contador!

Kimberley – Hoy necesito el apoyo del hombre que me ama. No la opinión del contador.

Kevin – Te apoyo con mis consejos, cariño. Y mi consejo es que no dejes pasar la oportunidad de oro que te acaba de ofrecer ese promotor. ¡Sería una oportunidad para nosotros de salir adelante!

Kimberley – Planeo salir adelante abriendo este salón de té, Kevin.

Kevin – Vendiendo esto, tendríamos suficiente dinero para que yo pudiera abrir mi propio despacho contable.

Kimberley – ¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo en todo esto?

Kevin – ¡Podrías trabajar para mí! Quiero decir, trabajar conmigo...

Kimberley – Ni hablar. A mí lo que me gusta es el contacto con la gente. No los números. Y renunciar a este proyecto significaría despedir a mi mejor amiga.

Kevin – ¿Jennifer? ¡Ella encontrará otro trabajo!

Kimberley – No con su historial penal, te lo aseguro...

Kevin – ¿Qué? ¿Jennifer tiene antecedentes penales?

Kimberley – En cualquier caso, lleva un grillete en el tobillo. Y no parece venir de la joyería local.

Kevin – ¡Nunca me hablaste de eso! ¿Entonces planeas abrir una cafetería con una exconvicta?

Kimberley – No solo se trata de Jennifer... Hace seis meses, le hice una promesa a mi abuela.

Kevin – Tu abuela murió hace un año.

Kimberley – También podemos hacer promesas a las personas que ya no están.

Kevin – Promesas que es mucho más fácil no cumplir...

Kimberley – Le juré que daría a conocer sus maravillosas galletas en todo el mundo.

Kevin – Solo eso...

Kimberley – Starfucks también comenzó con una sola tienda.

Kevin – ¿Estás realmente segura de eso?

Kimberley – No... pero es lo único que se me ocurrió.

Kevin suspira.

Kevin – De acuerdo... Intentaremos encontrar una solución. Juntos... Pero ahora tengo que volver a trabajar. Porque por el momento, todavía tengo un jefe... De todos modos, prométeme que reflexionarás sobre esa oferta...

Kevin sale, dejando a Kimberley pensativa y deprimida. Brian regresa.

Brian – Kimberley...?

Ella se sobresalta al verlo.

Kimberley – Me asustaste...

Brian – Si abres un negocio, tendrás que acostumbrarte a que desconocidos crucen la puerta de vez en cuando.

Kimberley – Tienes razón, es una tontería.

Brian – Además, no somos completamente desconocidos.

Kimberley – Es cierto, ya pasaste antes.

Brian – Nos conocemos desde mucho antes.

Kimberley – ¿En serio?

Brian – ¿No te acuerdas de mí?

Kimberley – Debería...?

Brian – Te lo dije, viví en esta ciudad hace algunos años. ¡Fuimos compañeros en la escuela secundaria!

Kimberley – Perdona... Seguro que ambos hemos cambiado mucho...

Brian – No tú, te lo aseguro... Ya eras encantadora en ese entonces y sigues siendo igual de hermosa...

Kimberley – Lo siento, no te recuerdo...

Brian – No me sorprende. En ese momento, medía un metro treinta y tenía cierto sobrepeso.

Kimberley – ¡Ah, sí...? Pero cuando dices cierto sobrepeso...

Brian – Me llamaban Gordito.

Kimberley (*recordando de repente*) – ¡Gordito!

Kevin – Preferiría que no se divulgara demasiado... Me llevó años deshacerme de ese ridículo apodo.

Kimberley – Es increíble... Al mismo tiempo... no éramos realmente amigos, ¿verdad?

Kevin – Nunca me habría atrevido a dirigirte la palabra en la escuela secundaria. Entre nosotros dos, era más bien... La Bella y la Bestia.

Kimberley – Estás exagerando.

Kevin – En cualquier caso, me alegró volver a verte. Para romper el encanto.

Kimberley – ¿Romper el encanto? Casi me decepcionaría...

Kevin – Me expresé mal. Quiero decir... ahora que finalmente me atreví a dirigirte la palabra... me siento... como liberado de un hechizo.

Kimberley – Está bien...

Kevin – Tengo que dejarte. Pero creo que pronto tendremos la oportunidad de volver a vernos.

Kimberley – ¿Por qué no? Con gusto...

Brian se va. Cindy llega. Está vestida de manera provocativamente sexy y puede llevar una peluca bastante llamativa, por ejemplo, pelirroja.

Cindy – ¡Hola!

Kimberley – Ah, hola Cindy.

Cindy – ¿Entonces, cómo va este primer día?

Kimberley – Es tranquilo... Al menos en cuanto a los clientes... porque en cuanto al resto...

Cindy – Necesitas tiempo para que te conozcan. Pero estoy segura de que funcionará.

Kimberley – ¿Crees?

Cindy – Somos amigas desde el jardín de infancia, y siempre has tenido éxito en todo. Excepto en tus estudios, es cierto... Te llamaban "La Reina del Instituto".

Kimberley – "La Reina del Instituto"... No lo sabía...

Cindy – Ah, sí... Incluso hubo una votación secreta. Todavía lo recuerdo, no obtuve ni un solo voto de 437 votantes...

Kimberley – ¿Ni siquiera votaste por ti misma?

Cindy – Solo los chicos tenían derecho a voto, por supuesto. Fueron ellos quienes organizaron esa encuesta.

Kimberley – Lo siento mucho...

Cindy – Y luego, fuiste elegida Miss Arkansas.

Kimberley – Miss Kansas. Miss Arkansas fue mi abuela.

Cindy – Incluso podrías haber hecho carrera como modelo.

Kimberley – Ves... al final, no habría tenido éxito en todo.

Cindy – Para mí, nada ha cambiado, desafortunadamente... Abrí mi tienda de flores hace tres años y hoy tengo que cerrar... Si no me hubieras propuesto comprarla...

Kimberley – Tampoco siempre fue fácil para mí, ya sabes. Ser la chica más guapa del instituto es un trabajo a tiempo completo. Así que reprobé mi bachillerato tres años seguidos...

Cindy – Tenías a todos los chicos a tus pies. Incluso hoy, de hecho. Bueno, los que aún no están casados...

Kimberley – Por cierto, ¿recuerdas a Gordito?

Cindy – ¿Gordito...?

Kimberley – Un chico sobrepeso... y con gafas. Estuvimos en la misma clase en la secundaria. Resulta que acaba de salir de aquí.

Cindy – ¿Y entonces? ¿Pensabas presentármelo?

Kimberley – Si lo vieras ahora, te aseguro que no te opondrías... Ahora realmente se puede decir que la rana se ha convertido en príncipe encantador.

Cindy – Me cuesta creerlo. En el reino animal, a veces las orugas se convierten en mariposas. Pero en los humanos, aparte de los cuentos de hadas, generalmente es lo contrario. Entonces, ¿viste a Gordito?

Kimberley – Sí... Resulta que se convirtió en arquitecto...

Cindy – Fantástico...

Kimberley – Lamentablemente, tuve una visita mucho menos agradable.

Cindy – Ah, ¿sí?

Kimberley – Alex... Un promotor...

Cindy – Alex? ¿Y qué hacía en Mekansas City?

Kimberley – Compró casi todo el edificio y quiere demolerlo para construir en su lugar una residencia de lujo.

Cindy – ¿En serio?

Kimberley – Gracias a Dios, mi abuela prefirió legarme este apartamento en lugar de vendérselo.

Cindy – ¿Entonces también quería comprarme mi tienda de flores?

Kimberley – Afortunadamente, acabo de firmar el compromiso...

Cindy – Sí, como dices... Afortunadamente... Imagino que ofreció un buen precio, ¿verdad?

Kimberley – Más que el precio de mercado, según él. Pero el dinero no lo es todo en la vida, ¿verdad?

Cindy – No... Bueno... especialmente si ya se tiene lo suficiente...

Kimberley – Eso es lo que me decía Kevin... Creo que se llevarían bien, vosotros dos...

Cindy – Esa también es mi opinión. Desafortunadamente, una vez más, llegaste antes que yo... Sabes que estaba muy enamorada de él en la secundaria...

Kimberley parece un poco incómoda.

Kimberley (*para cambiar de tema*) – ¿Quieres una galleta?

Cindy – Las famosas galletas cuya receta te dejó tu abuela... además de su apartamento.

Kimberley – Voy a conseguirte una... Acaban de salir del horno... Son deliciosas, ya verás.

Kimberley se va.

Cindy – A ti también te metería la cabeza en el horno, zorra. Si pudieras asfixiarte con tus galletas...

Apenas Kimberley se va, Alex regresa sigilosamente, con aires de conspirador.

Alex – Te vi a través de la ventana... (*Le entrega una tarjeta de visita*) Alex Merdida... Soy promotor inmobiliario...

Cindy – Ah, sí... Sr. Merdida... Mi amiga Kimberley me ha hablado de usted... Además, en buenos términos...

Alex – Estoy dispuesto a comprarte tu tienda. Y ofrezco un precio mucho mayor que el de ella.

Cindy – Es muy tentador, por supuesto... Desafortunadamente, es demasiado tarde. Acabo de firmar el compromiso...

Alex – Lo sé... Pero si este salón de té llegara a cerrar, eso te liberaría de tu compromiso, ¿verdad?

Cindy – ¿Qué le hace pensar que este salón de té podría cerrar?

Alex – Digamos... una corazonada. Tal vez puedas ayudarme a hacer que esa corazonada se convierta en realidad.

Cindy – ¿Ayudarle a hundir el salón de té de Kimberley? Pero le dije que es una amiga...

Alex – Te ofrezco el doble de lo que ella te está ofreciendo por tu maldita tienda que está al borde de la quiebra.

Cindy – Al mismo tiempo... La conozco desde el jardín de infancia y desde entonces tengo ganas de matarla... ¿Qué debo hacer?

Alex – Necesitaríamos discutirlo tranquilamente...

Cindy – ¿Cuándo?

Alex – Ahora mismo, si quieres. Pero no aquí...

Cindy – Voy a regresar a mi tienda. Puedes encontrarme allí...

Alex – Muy bien... Me voy antes de que ella regrese... Prefiero no encontrármela. No nos despedimos en muy buenos términos...

Alex se va, Kimberley regresa con las galletas.

Kimberley – ¡Y aquí están!

Cindy – Gracias, pero mejor las llevaré conmigo... Tengo que irme urgentemente. Tengo una cita... para un trabajo.

Kimberley – ¿Un trabajo?

Cindy – Dado que vendo mi tienda, necesito encontrar un nuevo trabajo.

Se va llevándose las galletas. Kimberley está un poco desconcertada. Recoge algo del suelo, que resulta ser un mechón de pelo.

Kimberley – Está perdiendo su cabello, es increíble...

William llega, como cartero.

William – Hola, Kimberley. ¡Soy el cartero!

Le entrega algunas cartas.

Kimberley – Hola, William. Entonces, veamos esto... (*Mirando el correo*) Factura, factura, factura...

William – Lo siento... Preferiría traerte cheques...

Kimberley – Qué amable. Ah, también hay una carta...

William – ¿Una buena noticia, espero?

Kimberley abre la carta y mientras lee, su sonrisa se desvanece.

Kimberley – "Terminarás como tu abuela"...

William – Probablemente alguien que te desea buena suerte para la apertura de tu salón de té...

Kimberley – No está firmado y está escrito con letras recortadas de un periódico...

William – Conocía bien a tu abuela. Yo le entregaba su correspondencia todos los días. (*Nostálgico*) Y nunca dejaba de ofrecerme café, con una de sus famosas galletas.

Kimberley – Bueno, ahora yo te invitaré a mojar tu galleta todas las mañanas.

Le sirve un café y una galleta.

William – Ah, no, pero no lo decía por eso... Bueno, sí, pero... Ahora que es un salón de té, quiero pagar.

Deja un billete en la mesa y muerde la galleta.

Kimberley – ¿Y bien?

William – Siguen siendo tan buenas como siempre... Estoy seguro de que tu abuela estaría muy contenta de que tomes su relevo.

Kimberley – Gracias... Me hablaba mucho de ti... Te llamaba Willy...

William – Era una buena amiga... Su desaparición me dolió mucho... (*Para ocultar su incomodidad*) Tengo que irme. Mi ruta...

Kimberley – Vuelve cuando quieras...

William – ¡Volveré mañana! Yo soy quien te entrega el correo...

Kimberley – ¡Claro! Soy tonta...

William (*distráido*) – Sí...

Kimberley – ¿Sí?

William – No, quiero decir... Vamos, hasta mañana, Kimberley...

Kimberley – ¡Espera! ¡Te olvidas de tu cambio!

William – Es para disculparme por solo traerte facturas.

Kimberley – Y una carta anónima... De todos modos, ¡gracias!

William se va. Brian llega.

Kimberley – ¿Ya de vuelta?

Brian – Te lo dije. Tus galletas son realmente adictivas. Prefiero no saber qué les pones.

Kimberley – Todo es orgánico, ya sabes...

Brian – En ese caso...

Kimberley – ¿Quieres algunas más?

Brian – Pueden ser orgánicas, pero no son precisamente ligeras en grasas... Recuerda que solían llamarme Gordito...

Kimberley – Gordito... Es increíble lo mucho que has cambiado. No te habría reconocido.

Brian – Sigo pesando lo mismo... pero crecí sesenta centímetros. Así que los kilos se notan menos. En ese momento, no tenía ninguna oportunidad con las chicas...

Kimberley – Es cierto que no eras muy...

Brian – ¿Atractivo? Entonces, ¿piensas que hoy tendría oportunidades?

Kimberley – Si no estuviera comprometida tal vez... Hablaba de ti hace un rato con Cindy. ¿Recuerdas a Cindy?

Brian – Cindy... Ah, sí, la recuerdo... ¿Una pelirroja, no? Que perdía su cabello...

Kimberley – Aún le quedan algunos, por suerte... Tiene la tienda de flores justo al lado... Desafortunadamente, las cosas no van muy bien para ella en los negocios...

Brian – Sí, no me sorprende.

Kimberley – ¿Y por qué eso?

Brian – Ya en la secundaria la llamaban...

Kimberley – ¿Sí?

Brian – Eh... No, ahora no lo recuerdo... Y hoy en día, ¿quién regala flores, verdad?

Kimberley – En todo caso, mi prometido nunca me las regala... Pero, ¿qué te trae por aquí, Gordito? Quiero decir, Brian...

Brian – Soy arquitecto, ya te lo dije. Me solicitaron para hacer los planos del nuevo edificio que reemplazará pronto este.

La sonrisa de Kimberley se desvanece.

Kimberley – ¿Trabajas para ese desgraciado que quiere desalojarme y destruir el edificio donde mi abuela pasó toda su vida?

Brian – Pero vamos... ¡No tengo nada que ver con eso! ¡Dibujar planos es mi trabajo!

Kimberley – ¿Por qué no me dijiste la primera vez que venías a demoler mi tienda?

Brian – ¡Porque no lo sabía! Fue durante esa reunión con mi cliente que...

Kimberley – ¡Sal de aquí inmediatamente!

Brian – Bueno... Pero seguramente nos volveremos a ver...

Él se va.

Kimberley – Gordito... Debería haber desconfiado... El traidor...

Jennifer regresa.

Jennifer – ¿El cliente que acaba de salir de aquí es Brian, el guapo? ¿Qué le dijiste para que huya así? ¿O qué le hiciste...

Kimberley – ¿Recuerdas a Gordito?

Jennifer – ¿Gordito?

Kimberley – El chico con sobrepeso que estaba con nosotros en la secundaria.

Jennifer – Ah sí... Gordito... Todos nos burlábamos de él...

Kimberley – Bueno, Gordito ahora es Brian.

Jennifer – ¿Cómo es posible?

Kimberley – Probablemente con una dieta... Y ¿sabes por qué ha vuelto?

Jennifer – ¿Para ligar contigo?

Kimberley – ¡Para hacer explotar el edificio!

Jennifer – ¿Qué? ¿Para vengarse de las burlas que sufrió entonces?

Kimberley – ¿Quién sabe...?

Jennifer – Gordito... Terrorista... Es increíble... ¿Y has llamado a la policía?

Kimberley – ¿Terrorista? Pero no... ¡Trabaja para ese promotor que quiere demoler el edificio para construir una residencia de lujo!

Jennifer – Ah, entiendo... Gordito... Ah, qué mala suerte... ¿Y qué vas a hacer?

Kimberley – ¿Sobre qué?

Jennifer – No sé... En general...

Kimberley – En este momento, me gustaría simplemente colgarme del árbol con las luces de Navidad... Como mi abuela...

Jennifer – No hagas eso... Les daría demasiado placer.

Kimberley – Sí, eso es verdad...

Jennifer – Por ahora, vayamos a tomarnos unas copas en un bar para olvidarnos de todos nuestros problemas...

Kimberley – Tienes razón. Yo también me tomaría algo fuerte.

Jennifer – También podríamos comprar algunas botellas y pedir una pizza a domicilio, si quieres...

Kimberley – ¿Cuatro quesos?

Intercambian una sonrisa y salen apagando la luz.

Oscuridad.

Alex y Cindy llegan, iluminándose con una linterna.

Cindy – ¿Estás seguro de que no corremos peligro?

Alex – No te preocupes. Tengo amigos en la policía y contactos en el ayuntamiento.

Cindy – ¿Conoces personalmente al Alcalde?

Alex – Para obtener el permiso de demolición, le hice construir una piscina gratis en su casa de campo. Eso crea lazos, créeme. Y después de todo, no hemos forzado ninguna puerta para entrar aquí. No hay allanamiento...

Cindy – No sabía que había una puerta en el sótano que conecta mi tienda con la de Kimberley...

Alex – Nadie lo sabe. Estaba escondida detrás de un armario. Me enteré de su existencia al revisar los planos del edificio. La cocina está por aquí. Sígueme...

Cindy – Si nos sorprenden, pensarán que somos ladrones.

Alex – ¡Pero no vamos a robar nada! Al contrario...

Cindy – ¿Crees que esto funcionará?

Alex – Confía en mí. (*Muestra una bolsa*) Un poco de resina de cannabis en el chocolate que se usa para hacer estas galletas y las convertiremos en deliciosas galletas espaciales...

Cindy – ¿Y no nos sospecharán?

Alex – La camarera de este café ya fue condenada por tráfico de drogas. Creo que la policía comenzará por ese lado...

Cindy – Eres realmente diabólico.

Alex – Soy un promotor inmobiliario... Y un promotor inmobiliario lo arriesga todo. Es así como los reconocemos.

Cindy – ¿Como a los tontos, quieres decir?

Alex – Nunca subestimes ni a los tontos ni a los promotores. Mira a Donald Trump – era el más tonto de los promotores, y terminó siendo elegido presidente de los Estados Unidos.

Cindy – Te sigo...

Salen hacia la cocina con aires de conspiradores.

Oscuridad.

Sentada en la mesa, Kimberley hace cuentas, mientras Jennifer pone un poco de orden.

Kimberley – ¡Es increíble! El salón de té no ha estado vacío en tres días. ¡Y las ventas para llevar han explotado!

Jennifer – Sabía que funcionaría, pero tanto... Esta mañana, una hora antes de la apertura, ya había cola frente a la tienda...

Kimberley – Y muchos estudiantes también. No pensé que llegaríamos a ese tipo de clientela.

Jennifer – No, yo tampoco... Tenía un poco de miedo de que atrajéramos principalmente a la tercera edad.

Kimberley – Le pediré a Kevin que haga los cálculos. Pero eso debería tranquilizar al banco. Si con esto no me dan el crédito...

Jennifer – ¿Hablaste con Kevin sobre esta carta anónima?

Kimberley – Todavía no. No quise preocuparlo con eso. Tiene tanto trabajo en este momento...

Jennifer – Aún así, no te ayuda mucho.

Kimberley – Se encarga de las cuentas, eso ya es algo. Sin él, nunca hubiera podido armar este expediente de préstamo para el banco.

William, el cartero, llega. Lleva puestos unos jeans y una camisa de flores, al estilo viejo hippie de los años 70.

William – ¡Hola chicas! Hoy no hay facturas ni cartas anónimas, lo prometo. Solo cheques y una carta de amor.

Kimberley y Cindy apenas pueden ocultar su sorpresa.

Kimberley – Hola William... ¿Pero qué te pasó?

William – Quemé las facturas. Y los cheques, los firmé yo mismo. (*Sosteniendo una carta*) En cuanto a la carta de amor, no estoy seguro. Pero créanme, por mi experiencia... Como cartero, tengo olfato para estas cosas...

Jennifer – ¿Estás seguro de que estás bien?

William – ¡Genial! No sé qué me pasa, pero desde que probé sus galletas de chocolate, veo todo de color de rosa.

Jennifer – Pero cuando dices de color de rosa... es una expresión, ¿verdad?

William – Son incluso mejores que las de Yolanda.

Jennifer – Y al parecer, realmente tienen un efecto antidepresivo.

Kimberley – Eso es lo que quería decir con afrodisíaco...

William – ¿Me pondrán una docena para llevar?

Kimberley – Por supuesto. Jennifer, ¿puedes encargarte?

Jennifer – Voy enseguida...

Jennifer sale. Kimberley abre la carta.

William – Entonces, ¿esta carta de amor...?

Kimberley (*leyendo*) – Está firmada por Gordito...

William – Al menos no es una carta anónima. Y ¿qué dice Gordito? Si no es muy indiscreto, por supuesto...

Kimberley – Se disculpa y me invita a cenar...

William – Bueno, ¡ves! Era realmente una carta de amor. ¿Vas a aceptar?

Ella arruga la carta.

Kimberley – ¡Claro que no!

William toma una galleta de la mesa y la come.

William – Pon esta en mi cuenta. No puedo dejar de comerlas. Cada vez que como una, recuerdo a Yaya...

Kimberley parece sorprendida por esta familiaridad.

Kimberley – ¿Yaya? ¿Eras tan cercano a mi abuela?

William (*con aire cómplice*) – En realidad... no solo le llevaba el correo.

Kimberley – ¿Ah sí...?

William – Yolanda hizo un buen matrimonio. Pero el barón tenía treinta años más que ella. Y cuando se casó, ya estaba muy deteriorado.

Kimberley – ¿Y qué?

William – Tu abuela todavía era joven. Tenía necesidades, ya sabes...

Kimberley – Eh... no. Y, de hecho, preferiría no saberlo. Estamos hablando de mi abuela, después de todo.

William – ¿No te sorprendió que pudieran tener una hija juntos?

Kimberley – ¿Una hija?

William – ¡Tu madre!

Jennifer regresa con una bolsa pequeña que le entrega a William.

Jennifer – Aquí está tu dosis diaria, William. Te lo advertí, puede ser adictivo...

William – Gracias. Tengo que seguir con mi ruta. Con suerte, será mi gira de despedida pronto.

Jennifer – ¿Nos vas a dejar?

William – Me jubilo... Pero antes, quiero poner algunas cosas en orden en mi vida. Les hablaré de eso más tarde...

William se va.

Jennifer – Parecía un poco extraño, ¿no?

Kimberley – Sí... Casi me dijo que era amante de mi abuela.

Jennifer – ¿El cartero? ¿El amante de Yaya?

Kimberley – ¿Qué te parecen estas galletas de chocolate?

Cada una muerde una galleta.

Jennifer – No sé, estas tienen un pequeño sabor a... ¿Cambiaste la receta?

Kimberley – No... ¿Un sabor a qué?

El inspector Ramírez y su ayudante Sánchez llegan y echan un vistazo inquisitivo alrededor, sin siquiera decir hola. Kimberley y Jennifer intercambian miradas sorprendidas.

Jennifer – Es curioso... siento que los he visto antes a estos dos...

Kimberley – Deben ser de aquí... Sabes... Guapos y tontos a la vez...

Jennifer – Estos dos parecen más tontos que guapos.

Kimberley – Caballeros, ¿es para llevar o para consumir aquí?

Los dos hombres no responden de inmediato y continúan explorando el lugar.

Jennifer – ¿Quieren ver la carta?

Ramírez (*mostrando su placa*) – Prefiero enseñarles la mía... Inspector Ramírez, y este es mi ayudante Sánchez.

Jennifer – Ahora recuerdo dónde los vi... Jugábamos a los polis y cacos, pero no fue en la escuela...

Kimberley – ¿La policía?

Jennifer – Le aseguro que he cumplido estrictamente con mi libertad condicional, inspector...

Sánchez – Nos ocuparemos de usted más tarde.

Kimberley – En ese caso... ¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

Ramírez – Nos informaron que están ocurriendo cosas extrañas en el vecindario desde que abrieron este coffee shop.

Kimberley – Es un salón de té, inspector, no un coffee shop.

Jennifer – ¿Cosas extrañas?

Sánchez – Algunos residentes de Mekansas City tienen un comportamiento extraño.

Kimberley – Mucha gente hace cosas extrañas, ya saben. Sin que la policía venga a investigar. Anoche, por ejemplo, pedí una pizza cuatro quesos y terminó en...

Jennifer (*interrumpiendo*) – Bueno, Kimberley, ese no es el tema... Tampoco creo que estos señores estén aquí por eso.

Kimberley – Pero cuando dice extraño...

Jennifer – ¿Podrían darnos un ejemplo?

Ramírez – Por ejemplo... el párroco de la iglesia comenzó a cantar una canción obscena en el momento de recibir la comunión.

Kimberley – Vaya... ¿Qué canción?

Sánchez – El título es "Tomando té"... Pero la cortesía me impide citar las palabras delante de ustedes.

Jennifer – "Tomando té"... Creo que la recuerdo vagamente...

Kimberley – Me hace recordar una canción que me cantaba mi abuela...

Jennifer – Quizás por eso decidiste abrir una casa de té...

Ramírez – Después, durante la comunión, el cura repartió cookies de chocolate a sus feligreses en lugar de las hostias habituales.

Kimberley – ¿En serio?

Ramírez – Cookies que compró en su tienda y de las cuales aparentemente hizo un consumo excesivo.

Sánchez – Por no hablar de la sobredosis...

Kimberley – El señor cura es uno de nuestros mejores clientes, de hecho.

Jennifer – Ya saben cómo es, desde que ya no tienen monaguillos... se desquitan con el pecado de la gula.

Kimberley – Canciones obscenas durante la misa y cookies en lugar de hostias... Puede que sea blasfemia, pero no es un delito penado por la ley.

Sánchez – Justo después del servicio, arrestamos a una decena de esos extraños feligreses que se bañaban desnudos en la fuente justo enfrente de la iglesia.

Ramírez – Y eso es un trastorno del orden público.

Kimberley – Es extraño, por supuesto. Pero ¿qué tenemos que ver nosotras en esta historia?

Sánchez – Después de investigar, todas las personas que fueron arrastradas por esta locura tienen algo en común.

Ramírez – Todas ellas consumieron sus cookies de chocolate el mismo día.

Jennifer – ¿Y cómo llegaron a esa conclusión, inspector Columbo?

Ramírez – Ramírez. Inspector Ramírez.

Sánchez – Recibimos una carta anónima.

Kimberley – Ah, ustedes también...

Ramírez – Entonces tendremos que confiscar la mercancía para analizarla. ¿Dónde está la cocina?

Kimberley – Está por aquí...

Ramírez – Sánchez, puedes ir.

Sánchez – De acuerdo, jefe...

Sánchez se va.

Kimberley – No entiendo, inspector... Para hacer estas galletas, uso la receta que me dio mi abuela.

Ramírez – ¿Y puede afirmar que esta receta no contiene cannabis en sus ingredientes?

Kimberley – ¿Realmente creen que mi abuela ponía drogas en sus galletas?

Ramírez – No sé sobre su abuela... Lo que sé es que esta joven ya fue condenada por tráfico de drogas.

Jennifer – Le juro, inspector... Kimberley, te lo aseguro...

Kimberley – Te creo, Jennifer.

Sánchez vuelve con las galletas en una caja. Está masticando algo.

Ramírez – Vamos a analizar esto y veremos. (*Sánchez muerde una galleta.*) ¡Y deja de comer estas pruebas, Sánchez!

Sánchez – Lo siento, jefe, no puedo evitarlo.

Kimberley – Esperen, inspector... También recibí una carta anónima.

Ramírez – Vaya...

Sánchez – Muéstremela.

Kimberley le entrega la carta que recibió y la examina.

Sánchez – No está firmada, jefe.

Jennifer – Por supuesto, porque es una carta anónima.

Sánchez – Ah, entiendo...

Ramírez le quita la carta de las manos.

Ramírez (*leyendo*) – "Terminarás como tu abuela"...

Kimberley – Es una amenaza de muerte, ¿verdad?

Sánchez – Depende de cómo haya muerto su abuela, porque si murió de vieja, por ejemplo. O de un ataque al corazón. O en un accidente de tráfico. O en un accidente doméstico...

Ramírez le lanza una mirada exasperada, y se detiene.

Ramírez – ¿Su abuela fue asesinada?

Kimberley – No lo sé... Es su trabajo decírmelo a usted.

Ramírez – ¿Cómo se llamaba su abuela?

Kimberley – Yolanda. Pero la llamábamos Yaya.

Ramírez – Yolanda... Sí, recuerdo... Abrimos una investigación en ese momento... Consideramos la posibilidad de un asesinato, pero como no encontramos ninguna evidencia de allanamiento...

Sánchez – Concluimos que fue un suicidio.

Ramírez (*a Sánchez*) – Enséñame la carta anónima que recibimos en la comisaría para informarnos de este asunto de space cakes...

Sánchez (*entregándole la carta*) – Aquí tiene, jefe.

Ramírez compara las dos cartas anónimas.

Ramírez – ¡Es la misma tipografía!

Jennifer – Las letras deben haber sido recortadas de la misma revista...

Ramírez – Investigaremos todo esto... y los mantendremos informados. Mientras tanto, les pediría que no abandonen la ciudad.

Kimberley – ¿Puedo seguir vendiendo mis galletas mientras tanto?

Sánchez – ¿Qué piensa, jefe?

Ramírez – Después de todo... hasta que el laboratorio demuestre que son space cakes, estas galletas gozan de la presunción de inocencia...

Sánchez – Evite venderlas a menores, eso sí...

Jennifer – Eran nuestra clientela más leal, pero bueno...

Ramírez y Sánchez se van.

Kimberley – Solo faltaba eso... ¿Estás segura de que no tienes nada que ver con esto?

Jennifer – ¿Por qué haría algo así?

Kimberley – Si era para aumentar las ventas, lo logró. Pero ahora corremos el riesgo de un cierre administrativo. E incluso la cárcel...

Jennifer – Te juro por la vida de tu abuela que no tengo nada que ver.

Kimberley – Mi abuela está muerta.

Jennifer – Es cierto... En circunstancias bastante misteriosas, por cierto...

Kimberley – Solo nos queda esperar los resultados de la investigación. Ni tú ni yo hemos puesto droga en esas galletas.

Jennifer – Y eres la única con las llaves de aquí.

Kimberley – No veo cómo esos análisis podrían acusarnos.

Jennifer muerde una de las galletas.

Jennifer – Pero es cierto que estas tienen un sabor extraño...

William vuelve.

Kimberley – William, ¿tienes más correo para mí?

William – No...

Jennifer – Entonces también te has vuelto adicto a nuestras galletas...

William – Esa tampoco es la razón de mi visita.

Kimberley – Entonces, ¿qué pasa?

William – Es sobre Yolanda. No les he contado todo...

Kimberley – No es realmente el momento, ya sabes...

William – Fui el amante de tu abuela... cuando era joven.

Kimberley – Mira, William... Entiendo perfectamente que mi abuela pudo haber sido una mujer antes de convertirse en Yaya, pero te lo dije, no estoy segura de querer saber los detalles de su vida amorosa... Ni los nombres de sus amantes.

William – Tengo buenas razones para creer que soy el padre de tu madre.

Kimberley – ¿El padre de mi madre? ¿Quieres decir que yo sería tu nieta?

Jennifer – Y por lo tanto, que serías su abuelo.

William – Sí, en efecto, eso es lo que quería decir.

Kimberley se queda impactada.

Jennifer – Los dejo en familia...

Ella sale.

Kimberley – Pero, ¿por qué no lo dijiste antes, si es cierto?

William – Cuando conocí a Yolanda, ella aún no estaba casada. Pero yo sí...

Kimberley – Y ella quedó embarazada de ti.

William – No tuve el valor de dejar a mi esposa. Yolanda quería quedarse con el bebé. Aceptó casarse con el barón, con quien ya trabajaba como criada.

Kimberley – ¿Él sabía que estaba embarazada cuando le pidió su mano?

William – Sí. No le ocultó nada. Pero la amaba. Y ella sentía afecto por él. Aceptó que él diera su nombre a la hija que llevaba.

Kimberley – ¿Y luego?

William – Después... el tiempo pasó... Yolanda estaba casada. No quise comprometerla.

Kimberley – Pero con la muerte de mi abuelo, podrías haber...

William – Tu madre estaba tan orgullosa de ser descendiente de un barón de Castelaadrón. No tuve el corazón de decirle que era hija del cartero...

Kimberley – Es cierto que podría ser un shock para ella...

William – De todos modos, eres mi nieta. Nunca pensé que podría decírtelo algún día. No sé por qué lo estoy haciendo hoy...

Kimberley – Debe ser por el efecto de estas space cakes...

Samantha vuelve y saluda al cartero.

Samantha – Señor...

William (*avergonzado*) – Hola, Samantha... Los dejo...

Sale. Samantha también parece extraña. Su atuendo es mucho más relajado que la primera vez.

Samantha – Este cartero me parece bastante familiar... ¿Cómo sabe que me llamo Samantha?

Kimberley – Quién sabe... Tal vez fue él quien te eligió ese estúpido nombre...

Samantha – Siempre lo he odiado...

Kimberley – ¿El cartero?

Samantha – ¡Mi nombre! Pero, ¿por qué dices que el cartero habría elegido mi nombre?

Kimberley – Olvídalo... ¿Estás bien? Te ves extraña...

Samantha – No sé. Desde que volví a probar estas galletas...

Kimberley – Oh no, a ti no...

Samantha – No siempre fui una buena madre, lo sé...

Kimberley – No te culpo, tranquila. Y ahora mismo, no tengo mucho tiempo...

Samantha – De todos modos, tampoco fui una buena hija.

Kimberley – Ah sí...

Samantha – Quería que supieras que, a pesar de todo, quería mucho a tu abuela.

Kimberley – Tu madre, entonces... ¿Es tan difícil decirlo?

Samantha – Es cierto que me daba un poco de vergüenza. Para todos, era la sirvienta del barón. Que se casó con él a pesar de su avanzada edad para asegurarse su herencia.

Kimberley – ¿En serio...? Estaba arruinado, el barón. Mejor di que se casó con su criada para dejar de pagarle...

Samantha – En cualquier caso, tu abuela siempre fue muy amable conmigo.

Kimberley – ¿Y...?

Samantha – Hoy, lamento no haberle dicho lo suficiente que la quería...

Kimberley – Eso no es lo que decías hace algún tiempo...

Samantha – No sé, deben ser estas galletas.

Kimberley – ¿Las galletas...?

Samantha – Inicialmente, fue para mí que Yolanda inventó esta receta de galletas, ¿sabes? No las probaba desde hacía tanto tiempo...

Kimberley suspira.

Kimberley – A mí también me gustaba mucho Yaya... Cada vez que como una de estas galletas, es como si entrara en comunión secreta con ella. Como una hostia en la misa, ¿entiendes?

Samantha – Ah, sí, claro...

Kimberley – Siento su presencia por todas partes en esta tienda. Un día, incluso creí verla en la bodega...

Samantha – Ahora esto se vuelve bastante aterrador...

Kimberley – Por cierto, ¿sabes cómo murió la abuela?

Samantha – Nunca lo supimos. Pero siempre pensé que su desaparición tal vez no fue un accidente.

Kimberley – Vaya...

Samantha – Justo antes de su muerte, un promotor vino a verla. Quería comprar todos los apartamentos de este edificio, y tu abuela no quería venderle el suyo...

Kimberley – La policía acaba de salir de aquí, precisamente.

Samantha – ¿La policía? ¿Qué querían?

Kimberley – Esa es otra historia... Ahora debes dejarme, tengo muchos problemas que resolver.

Samantha – Sabes que puedes contar conmigo, cariño. Después de todo, soy tu madre.

Kimberley – Ah sí, ¿seguro de eso?

Samantha – Pero vamos, Kimberley...

Kimberley – Te llamaré después, lo prometo...

Kimberley empuja a su madre afuera. Kimberley suspira. Pero su alivio es de corta duración. Kevin regresa.

Kevin – Acabo de encontrarme con tu madre. No suele venir a verte con frecuencia. ¿Qué quería?

Kimberley – Te contaré eso en otro momento...

Kevin – Mejor, porque no tengo mucho tiempo... ¿Has pensado en la oferta de ese promotor?

Kimberley – Me está enviando amenazas de muerte, ¿y quieres que ceda a este chantaje?

Kevin – ¿Qué historia es esa?

Kimberley – Recibí una carta anónima.

Kevin – Si es anónima, ¿cómo sabes que él la envió?

Kimberley – Mi madre también sospecha que él asesinó a mi abuela.

Kevin – Pensaba que tu abuela murió accidentalmente al caerse de un taburete mientras intentaba ahorcarse...

Kimberley – ¿Quién te contó eso?

Kevin – ¡Pero vamos, Kimberley, fuiste tú!

Kimberley – Ah sí, quizás... Bueno, estaba equivocada, aparentemente. Todos pueden equivocarse, ¿no?

Kevin – ¿Entonces, ¿cómo murió?

Kimberley – Tiendo a pensar en un asesinato disfrazado de suicidio accidental.

Kevin – Ah sí... Eso es mucho más creíble...

Kevin toma distraídamente una galleta, muerde y hace una mueca.

Kimberley – ¿No te gustan?

Kevin – Hay un pelo adentro. Y cuando digo uno, debería decir varios... Deberías tener cuidado...

Kimberley – ¿Yo? ¡Pero si no pierdo mi pelo!

Ramírez y Sánchez regresan.

Ramírez – Acabamos de recibir los resultados del laboratorio.

Kevin – ¿El laboratorio? (A Kimberley) ¿Estás enferma, cariño? No es grave, ¿verdad...? (Más preocupado) No me digas que estás embarazada...

Ramírez – Lo siento, no hacemos pruebas de embarazo.

Sánchez – ¿Creen que tenemos cara de ginecólogos?

Kevin – Ustedes parecen más bien asesinos... Entonces, ¿quiénes son?

Kimberley – Estos señores son de la policía.

Kevin – ¿La policía?

Ramírez – Inspector Ramírez. Estamos investigando un caso de estupefacientes.

Kevin – ¿Y qué?

Sánchez – El laboratorio es concluyente : los productos analizados contienen, además del chocolate, una dosis muy alta de resina de cannabis.

Ramírez – En otras palabras, las galletas de Yaya son space cakes.

Kevin – ¿Las galletas de Yaya?

Kimberley – Pero eso no es posible. Debe haber una explicación.

Ramírez – Mientras nuestra investigación concluye, este establecimiento se cerrará muy pronto. Estamos esperando la decisión del juez...

Kimberley – ¿Cerrar nuestro salón de té que acaba de abrir? Pero sería la quiebra segura...

Ramírez – Por supuesto, se le acusará de tráfico de estupefacientes.

Kevin – Pero vamos, Kimberley, dime que es una broma...

Ramírez – ¿Parezco estar bromeando, estimado señor?

Sánchez – Desafortunadamente para ustedes, no estamos en España. Los coffee shops aún no son legales en Kansas. ¿Fue su empleada quien les suministró la droga?

Kimberley – ¿Jennifer?

Ramírez – Ya fue condenada en un caso de drogas y tiene antecedentes.

Kimberley – ¡Pero les estoy diciendo que no tenemos nada que ver!

Sánchez – En ese caso, ¿cómo explica la presencia de droga en estas galletas, que usted misma fabrica?

Kimberley – Debe ser una trampa para conseguir el cierre de mi establecimiento. Busquen a quién beneficia el crimen...

Sánchez – Hablando de crimen, reabriremos la investigación sobre la muerte de su abuela...

Kimberley – ¿Por qué ahora?

Ramírez – Esta carta anónima que recibió sugiere que fue asesinada, ¿verdad?

Kimberley – No me están acusando de haber matado a mi abuela, ¿verdad?

Sánchez – Como usted dice, estimada señora, busque a quién beneficia el crimen. Usted fue la heredera de la víctima, ¿no?

Kimberley – Será mejor que también miren hacia el promotor que quiere comprar el edificio. Mi abuela se negó a venderle su apartamento...

Ramírez – No lo dejaremos pasar. Mientras tanto, póngase a disposición de la policía...

Ramírez y Sánchez salen.

Kevin – Así que estás involucrada en un caso de estupefacientes... Y pensábamos casarnos... ¿Quieres que sea el capellán de la prisión quien celebre nuestra unión?

Kimberley – Gracias por tu apoyo, es reconfortante.

Kevin – De acuerdo, siempre pensé que abrir este salón de té no era una buena idea. Lamentablemente, los hechos me dan la razón. Ahora, creo que lo más sencillo sería que vendieras, ¿no?

Kimberley – ¿Vender? ¿Al tipo que tal vez asesinó a mi abuela?

Kevin – No nos adelantemos. Este tipo puede ser un estafador, pero no necesariamente un asesino.

Kimberley – ¡Es un promotor!

Kevin – También hay promotores honestos...

Kimberley – ¿Ah sí? ¿Quiénes, por ejemplo?

Kevin – No se me ocurre ningún nombre en este momento, pero deben existir.

Kimberley – Te dejo pensar. Tengo cosas que hacer, ¿me disculpas?

Kevin – Kimberley, ¡espera! Aún podemos hablar...

Kimberley se va. Cindy llega.

Cindy – Hola, ¿te acuerdas de mí?

Kevin – Diana?

Cindy – Cindy.

Kevin – Cindy...

Cindy – Estábamos en la misma clase en el colegio. Incluso salimos juntos por un tiempo, ¿recuerdas?

Kevin – No...

Cindy – Es un poco decepcionante, pero bueno... Aunque me siento orgullosa de haber salido durante unas horas con el galán de la escuela... Aunque tuve que emborracharte antes para lograrlo...

Kevin – ¿Ah sí?

Cindy – Bueno, eso fue antes de que te convirtieras en un conquistador de corazones... Tenías once años. Estabas lleno de granos. Naturalmente, tenías menos opciones. Y fue mucho antes de que conocieras a Kimberley.

Kevin – Perdona, yo... Cindy... Ah sí, tal vez...

Cindy – Olvídalo, esto se está volviendo incómodo... Me enteré de los problemas de Kimberley... ¿Cómo está ella?

Kevin – Mal... Se ha metido en una situación muy complicada.

Cindy – Pero cuando dices complicada...

Kevin – Está en riesgo de ir a prisión.

Cindy – Oh, mierda... ¿Y su salón de té?

Kevin – Le aconsejé que vendiera. Mientras aún esté a tiempo...

Cindy – Tienes razón... De hecho, yo también preferiría vender mi tienda a ese promotor en lugar de a Kimberley. ¡Me ofrece el doble! Desafortunadamente, ya firmé un compromiso. Entonces ya es tarde, ¿verdad?

Kevin – A menos que Kimberley renuncie por sí misma a cumplir su compromiso de compra.

Cindy se acerca a Kevin.

Cindy – Es gracioso, tuve la misma idea...

Kevin (molesto) – Las mentes brillantes piensan igual.

Cindy – Sí... Podríamos hacer grandes cosas juntos... si no estuvieras enamorado de Kimberley.

Ella lo abraza.

Kevin – Fue un error de navegación, me doy cuenta ahora...

Cindy – Entonces permíteme ponerte de nuevo en el camino correcto. Tengo planes para nosotros dos. No vas a quedarte como contador toda tu vida...

Kevin – ¿Qué tipo de planes?

Cindy – Alex me ofreció la dirección del Starfucks que se instalará al pie de este edificio...

Kevin – Creo que estamos hechos el uno para el otro.

Jennifer llega, escucha el final de la conversación y los ve darse un beso. Kevin y Cindy salen. Kimberley vuelve.

Kimberley – ¿Quién era?

Jennifer (avergonzada) – Cindy. Dijo que volvería...

Kimberley – Es amable que haya venido a preguntar cómo estoy. Es en la adversidad cuando se reconocen a las verdaderas amigas.

Jennifer – Sí...

Kimberley recoge otro mechón de cabello del suelo.

Kimberley – Realmente está perdiendo mucho cabello.

Jennifer – Sí...

Kimberley – Después de todo estos años, es sorprendente que aún le queden algunos cabellos en la cabeza...

Brian llega con un ramo de flores.

Brian – Hola.

Kimberley – ¿Qué es esto?

Brian – Bueno, ya ves, flores... Las compré justo al lado...

Kimberley – Deberías haberme traído una corona. En homenaje a este salón de té que pronto cerrará sus puertas. Gracias a ti...

Jennifer – Para ser reemplazado por un Starfucks Café...

Silencio incómodo.

Brian – ¿Recibiste mi carta?

Kimberley – ¿Cuál? ¿La que firmaste o la carta anónima?

Brian – ¿Recibiste una carta anónima?

Kimberley – Pensé que te dije que no volvieras nunca más.

Brian – Me enteré de lo que te está pasando.

Kimberley – Eso te conviene, ¿verdad? Y también a tu jefe...

Brian – Lo siento mucho. Es evidente que eres víctima de una manipulación. Pero ¿quién podría haber hecho esto y por qué?

Kimberley – Alguien que tiene interés en que esta tienda cierre lo antes posible, por ejemplo...

Jennifer – ¿Alguien como Alex Merdida, tu jefe?

Brian – El Sr. Merdida no es mi jefe. Solo es un cliente. Un cliente importante, pero solo un cliente...

Kimberley – Lo que no entiendo es cómo pudo entrar a mi cocina sin forzar la puerta...

Brian – Creo que tengo una idea...

Kimberley – Lo siento, no tengo tiempo para jugar a las adivinanzas...

El teléfono móvil de Kimberley suena y ella responde.

Kimberley – ¿Sí? Ah, sí, estaba esperando tu llamada. Entonces, ¿rechazado? ¿Cómo que rechazado? ¿Por qué razón? ¿Mis cuentas están en números rojos? Pero me dijiste que... ¡Espera! Colgó...

Jennifer – ¿Quién era?

Kimberley – El banco... Me rechazaron el crédito. No lo entiendo, hemos tenido muy buenas ventas estos últimos días...

Jennifer – Gracias a los space cakes...

Brian – ¿No hay otros bancos, verdad?

Kimberley – Es el único que quiso revisar nuestro expediente...

Brian – Entiendo.

Kimberley – Por lo tanto, no puedo cumplir con el compromiso que firmé. Alex comprará la tienda de Cindy... Y como mi salón de té está a punto de cerrar por orden judicial...

Jennifer – Es el fin...

Brian – No hay que desesperar. Lucharemos. Voy a ayudarte.

Kimberley – Gordito nos ayudará. Me siento mucho más tranquila de inmediato...

Brian – ¿Puedo ver los registros de tu salón de té?

Jennifer – ¡Eres arquitecto! No contador...

Brian – También soy empresario. Sé leer un balance.

Kimberley y Jennifer se miran dubitativas.

Negro

Brian termina de revisar los registros, en presencia de Kimberley y Jennifer.

Kimberley – Entonces...

Brian – Tus cuentas han sido manipuladas.

Jennifer – ¿Manipuladas? ¿Qué significa eso?

Brian – Significa que tu contable ha minimizado los activos y sobrevalorado los pasivos. De manera que tu balance aparece en déficit, cuando en realidad tiene un pequeño superávit.

Kimberley – Por lo general, cuando se manipula el balance, suele ser en sentido contrario, ¿verdad?

Brian – En efecto. Eso es lo que me sorprende.

Jennifer – Bueno... ¿Y ahora qué?

Brian – La buena noticia es que tu situación financiera no es tan catastrófica.

Kimberley – ¿Y la mala?

Brian – Es que es demasiado tarde para obtener una nueva autorización bancaria para tu crédito, antes de la fecha límite del compromiso de compra de la tienda de al lado...

Jennifer – Pero, bueno... ¿quién podría haber hecho esto?

Brian – ¿Quién se encarga de tus cuentas?

Kimberley – Es Kevin. Mi prometido.

Brian – Claro, también podría ser un error grosero de su parte. Si no sabe nada de contabilidad. ¿A qué se dedica tu... prometido?

Jennifer – Es contador.

Brian – En ese caso, es imposible que haya cometido un error así.

Kimberley – También fue él quien preparó el expediente para el banco.

Jennifer – Habría presentado intencionadamente cuentas en números rojos al banco.

Brian – Parece muy probable...

Jennifer – ¿Pero por qué?

Brian – Si hubiera querido que tu préstamo fuera rechazado, no lo habría hecho de otra manera...

Kimberley – Kevin siempre trató de disuadirme de abrir este salón de té. Quería que vendiera a ese promotor y que usáramos el dinero para abrir su propia consultoría de contabilidad.

Brian – De ahí a traicionarte así...

Kimberley – ¿Qué pudo haberlo motivado a hacer esto?

Jennifer – ¿O quién...?

Kimberley – ¿Sabes algo?

Jennifer – Lo vi besando a Cindy. Y escuché que tramaban algo en tu contra a tus espaldas.

Kimberley – ¿Por qué no me dijiste nada?

Jennifer – ¡No me atreví! Es tu prometido...

Kimberley asimila el golpe.

Kimberley – Ya no lo es, te lo aseguro...

Brian – Menos mal... Quiero decir... Afortunadamente nos dimos cuenta de esto...

Kimberley – Sí...

Brian – Hay que informar a la policía.

Jennifer – Hablando del rey de Roma...

Sánchez y Ramírez vuelven.

Brian – Ah, están justo a tiempo, inspectores.

Ramírez – Gracias por sus ánimos. Es una fórmula de bienvenida que lamentablemente escuchamos muy raramente en nuestra profesión.

Kimberley – ¿El juez ha tomado una decisión? ¿Vienen a poner sellos en la puerta de este establecimiento?

Ramírez – Tranquilícese, acabamos de cerrar nuestra investigación y las noticias son bastante buenas. Por lo menos para ustedes...

Sánchez – Encontramos varios cabellos en la masa de las galletas...

Ramírez – Podríamos decir incluso un gran mechón.

Sánchez – Y ese gran mechón pertenece a una tal Cindy.

Brian – ¿Cindy? ¿La florista de al lado?

Kimberley – Es cierto que pierde mucho cabello, ¿no?

Sánchez – También encontramos sus huellas por toda la cocina de tu salón de té.

Ramírez – Trabajo de aficionado...

Kimberley – ¿Y entonces?

Ramírez – Esto demuestra que, de hecho, fuiste víctima de una conspiración.

Sánchez – Además, después de algunos golpes de guía telefónica en la cabeza, Cindy confesó de manera espontánea y completa.

Kimberley – ¿Entonces ya no cierran el salón de té?

Ramírez – No. Están completamente exoneradas.

Jennifer – ¿Y Cindy?

Sánchez – Está bajo custodia. Y se arranca el pelo. Es impresionante, créeme...

Ramírez – Alega haber actuado por orden del promotor que quiere demoler este edificio. Pero él se ha encargado de no dejar rastro...

Brian – Y es más resistente a los golpes de guía telefónica...

Ramírez – Más bien diremos que tiene demasiadas conexiones de alto nivel como para que se puedan usar ese tipo de métodos con él.

Brian – Es una lástima. Bueno, al menos tu salón de té podrá permanecer abierto.

Kimberley – Desafortunadamente, si no obtengo este crédito para expandirme, no servirá de nada. Esta tienda es demasiado pequeña.

Brian – Las cuentas de la señora fueron manipuladas por su contador... Como resultado, su crédito fue rechazado.

Ramírez – Por supuesto, siempre puede presentar una denuncia, pero tomará meses, incluso años...

Kimberley – Realmente no veo cómo voy a salir de esta.

Jennifer – Hemos vendido mucho estos días, pero es evidente que las ventas disminuirán si volvemos a la receta tradicional...

Ramírez – Sin embargo, les recomendaría que dejen de lado los space cakes...

El teléfono de Sánchez suena y él responde.

Sánchez – ¿Sí? Vale, vamos enseguida... (*Guarda su teléfono*) Tenemos que irnos, jefe. Un atraco en el Crédito Solidario.

Kimberley – ¡El Crédito Solidario! ¡Esa es mi banco!

Ramírez – ¿Y dónde está eso?

Kimberley – Justo enfrente.

Jennifer – Espero que al menos no nos echen la culpa por este robo... Son testigos de que no nos hemos movido de aquí.

Ramírez – Por favor, disculpen... El deber nos llama... Proteger y servir, esa es nuestra consigna...

Sánchez – Señores...

Ramírez – Pase delante, Sánchez... Me parece que escuché disparos...

Ramírez y Sánchez se van.

Brian – Lo siento mucho... Si pudiera, les prestaría el dinero que necesitan. Desafortunadamente, mis cuentas también están en números rojos... Inicié mi despacho de arquitecto hace seis meses... y no tardaré en perder a un gran cliente. Mira, aquí está, precisamente...

Alex vuelve.

Alex – Me alegra mucho saber que ha sido exonerada en este caso de drogas, estimada señora.

Kimberley – Un caso que usted inventó para forzarme a cerrar la tienda.

Alex – Lamentablemente, como saben, para el banco es demasiado tarde. El plazo ha expirado. Y el compromiso que firmó con Cindy ha caducado.

Kimberley – Le conviene, ¿verdad?

Alex – Compró el local de al lado. Y aún estoy interesado en el suyo... Sería mejor que me lo vendiera mientras aún estoy dispuesto a pagarle un buen precio. Sea razonable...

Kimberley – Con su permiso, voy a pensar un poco más...

William vuelve.

William – Me enteré de tus dificultades. Te traigo mis ahorros. No es gran cosa, pero si puede ayudar...

Deja una bolsa con billetes sobre la mesa. Jennifer mira dentro.

Jennifer – ¿Cuánto hay ahí?

William – Veintitrés mil euros. Vacíé mi Libreta de ahorro...

Kimberley – ¡Pero estás loco!

William – Soy tu abuelo, después de todo.

Samantha llega, seguida de Gregory. Samantha escucha la última frase.

Samantha – ¿Tu abuelo? ¿El cartero? ¿Es una broma...

Kimberley – Temo que no...

Samantha – Entonces... ¿quién es tu madre?

Kimberley – Mamá... Seguro que sabes quién es mi madre, ¿verdad?

William – No pensé en decírtelo así, pero... soy tu padre, Samantha.

Samantha – ¿Tú? ¿El amante de mi madre? ¿Y serías mi padre?

Gregory – Y yo que pensaba que me había casado con la hija de un barón de Castelaadrón.

Samantha – Oh, tú, eso está bien... Todo esto no es asunto tuyo.

Gregory – Eh, suavemente, la baronesa. ¿No es asunto mío? Durante veinticinco años, tú decidiste todo. Porque supuestamente tenías sangre azul. Aunque solo fueras la hija de la criada. Y ahora me entero de que también eres hija del cartero.

Samantha – ¿Y qué? ¿Qué vas a hacer, genio?

Gregory – ¿Qué voy a hacer? Voy a empezar por ayudar a mi hija dándole el dinero que necesita. Aunque me prohibieras hacerlo hasta ahora. Pero dime... ¿es realmente mi hija?

Samantha – Bueno, Gregory, por supuesto que es tu hija.

Alex – ¡Qué tierno cuadro familiar!

Gregory saca su talonario de cheques.

Gregory – ¿Cuánto necesitas para mantener tu salón de té, querida?

Samantha – No pongas demasiados ceros, Gregory...

Kimberley – Gracias, papá, pero...

Alex – Pero todo ese dinero no le servirá de nada. Es demasiado tarde. Acabo de comprar el local de al lado. Y sin esa perspectiva de expansión, este proyecto de salón de té no tiene futuro.

Gregory se acerca a Alex, amenazante.

Gregory – ¿Qué quiere este, con su cara de proxeneta y sus ojos de pez muerto?

Gregory retrocede prudentemente.

Kimberley – Déjalo, papá, no serviría de nada.

Gregory – Y, por cierto, ¿quién es él?

Kimberley – Un canalla, te lo explicaré... Pero esta vez ha ganado. Y hay que saber reconocer la derrota.

Alex saca un contrato.

Alex – Solo tiene que firmar aquí...

Kimberley – Siento que estoy vendiendo mi alma al diablo.

Ella firma.

Alex – Solo me faltaba esa firma para obtener el permiso para demoler este edificio...

Gregory – Tengan cuidado de todas formas... Si le hacen daño a mi hija, seré yo quien los demuela. Con o sin permiso...

Negro

Kimberley entra con una caja que contiene algunos objetos personales. Jennifer llega con otra caja.

Kimberley – Y listo, se acabó... Esta noche, este edificio no será más que un montón de ruinas...

Jennifer – Es increíble... Nunca hubiera imaginado esto...

Kimberley – Toda mi juventud está a punto de convertirse en polvo. Todos los días, después de la escuela, antes de ir a casa, iba a merendar a casa de Yaya. Bajo ninguna circunstancia habría perdido la oportunidad de disfrutar de sus famosas galletas...

Jennifer – Sí, yo también... Estaba muy unida a este edificio. Mis padres vivían en el tercer piso. Y por la noche, después de la merienda, traficaba un poco de hierba en el vestíbulo...

Kimberley – Eran buenos tiempos...

Jennifer – ¿Y qué van a hacer?

Kimberley – ¿Qué van a hacer con qué?

Jennifer – ¡Para destruirlo!

Kimberley – Han colocado cargas explosivas por toda la estructura del edificio. Solo tienen que accionar el detonador. Pero no te preocupes, esperarán a que nos hayamos ido para presionar el botón.

Jennifer – Me siento más tranquila de inmediato...

Kimberley – Ese desgraciado me dio permiso para venir a recoger algunas cosas antes de volarlo todo.

Jennifer – Será mejor que no perdamos el tiempo aquí... ¿Qué hacemos con este maldito árbol de Navidad?

Kimberley – No tuve el corazón de quitar las decoraciones. Lo dejaremos aquí. En memoria de mi abuela.

Jennifer – Quedará sepultado bajo los escombros, al igual que todas las esperanzas que teníamos puestas en este proyecto...

Kimberley – Lo que dices es hermoso. Me dan ganas de llorar...

Jennifer – Yaya... Se revolverá en su tumba al escuchar que su edificio se derrumba...

Kimberley – Es cierto... Aunque ya no esté, se siente tanto su presencia en todas partes aquí. Cada vez que bajo al sótano, siento una especie de corriente de aire. No sé de dónde viene. A veces imagino que es el espíritu de mi abuela.

Jennifer – Terminarás asustándome... Acabo de subir del sótano...

Kimberley – Lamento mucho haberte arrastrado a esta historia...

Jennifer – Soy yo... Sé que este proyecto significaba mucho para ti.

Kimberley – ¿Y ahora qué vas a hacer...?

Jennifer – No lo sé... Tal vez vuelva a traficar un poco...

Kimberley – ¿No vas a hacer eso?

Jennifer – Estoy bromeando, tranquila... Y tú, ¿qué vas a hacer?

Kimberley – Papá me ha propuesto trabajar con él en el taller...

Jennifer – No te veo haciendo cambios de aceite para los clientes. Ni siquiera sabes cambiar una rueda...

Kimberley – Trabajaré en contabilidad. Yo que hice todo lo posible por evitarlo...

Jennifer – Al menos no trabajarás para Kevin...

Kimberley – Que vaya al diablo.

Jennifer – ¿Y Brian?

Kimberley – No lo he vuelto a ver...

Jennifer – Es una lástima... Podrías haberle dado consejos para renovar su guardarropa...

Kimberley – Tienes razón... Perder cuarenta kilos está bien, pero si es para seguir vistiendo lo mismo...

Jennifer – Bueno... Es hora de irse. ¿Vienes?

Kimberley – Ve tú. Me quedo un segundo más. Para despedirme de Yaya...

Jennifer – Si ves su fantasma, dale saludos de mi parte... Buena suerte, Kimberley.

Kimberley – Tú también, Jennifer.

Jennifer se va. Kimberley mira el árbol. Brian llega. Lleva ropa a su medida y bien cortada, lo que le sienta mucho mejor.

Brian – Hola, Kimberley... Te vi entrar... Pero, ¿qué haces aquí todavía?

Kimberley – Los asesinos siempre vuelven al lugar del crimen...

Brian – ¿Has asesinado a alguien?

Kimberley – No... Lo decía por ti...

Brian – Ah, vale... No lo entendí...

Kimberley – Sabes... Los habitantes de Mekansas City, hermosos y tontos a la vez... Pero hablando de eso, lo veo diferente...

Brian – Finalmente decidí superar la pérdida de peso y compré ropa de mi talla. Pero no deberíamos quedarnos aquí, ya sabes...

Kimberley – ¿Vas a ser tú quien pulse el detonador?

Brian – He denunciado el contrato que tenía con Alex Merdida. Ya no trabajo para él. Puede que no mejore mi situación financiera, pero al menos estaré en paz con mi conciencia...

Kimberley – Lamentablemente, eso no cambiará mucho las cosas... Al menos, Yaya no verá cómo este edificio se desmorona.

Brian – Habría dado cualquier cosa por poder evitar esto, créeme.

Kimberley – Te creo.

Brian – Hay que irse, ahora.

Ella se agacha y recoge la estrella caída al pie del árbol.

Kimberley – Solo un momento, por favor... La estrella volvió a caer. Es puramente simbólico, pero la pondré una última vez en la cima del árbol. Como un último desafío...

Kimberley coge la estrella y la mira con curiosidad.

Brian – ¿Qué es eso?

Kimberley – Hay una nota garabateada detrás de la estrella... Nunca lo había notado. Es la escritura de mi abuela...

Brian – ¿Una despedida? ¿Mientras estaba viviendo sus últimos momentos? ¿Qué dice?

Kimberley – Alex me mató...

Brian – ¿Merdida? ¿Quieres decir...

Kimberley – Eso es lo que está escrito.

Brian – Sabía que estaba dispuesto a todo para apoderarse de este edificio... pero no pensé que llegaría tan lejos.

Kimberley – Merdida... Pero entonces... todo cambia.

Brian – Si es condenado por asesinato, irá a prisión. La venta se anulará. ¡Y todo vuelve a ser posible!

Kimberley – ¿Tú crees?

Brian – Estoy seguro, Kimberley. Todavía hay tiempo para detener la demolición de este edificio. Vamos a ver a la policía...

Kimberley – Gracias, Brian. Y perdona por haber sido tan injusta contigo.

Se abrazan brevemente.

Brian – No hay tiempo que perder... Después tendremos toda la vida por delante...

Alex aparece, como salido de la nada.

Alex – ¡No tan rápido!

Kimberley – Pero, finalmente... ¿Por dónde has entrado?

Brian – Entró como las ratas, por la bodega...

Kimberley – ¡Sé que fuiste tú quien mató a mi abuela! ¡No escaparás de la justicia!

Alex saca una pistola.

Alex – No si te llevas ese secreto a la tumba. Como tu abuela. El edificio está lleno de explosivos. Solo tengo que activar el detonador.

Brian – ¡Pero estás loco!

Alex – Bebe esto...

Brian – ¿Veneno?

Alex – Solo un potente narcótico.

Kimberley – ¿Un narcótico? ¿Qué significa eso...?

Alex – Encontrarán sus cuerpos entre los escombros... Y se creerá que fue un accidente. Después de todo, no tienen absolutamente ningún derecho de estar aquí.

Kimberley – ¡Me autorizaste tú mismo a estar aquí!

Brian – Fue para atraparte, Kimberley... Y yo también caí en la trampa.

Kimberley – Volviste para salvarme... y ahora vas a morir por mi culpa.

Alex – Basta de charlas... ¡Bebe, te digo! (*A Brian*) Tú primero.

Alex le entrega una botella a Brian. Brian finge tomarla, pero a cámara lenta, como en una mala película, hace un movimiento para agarrar la pistola. Un disparo suena. Brian cae, aún a cámara lenta. Vuelve al ritmo normal.

Kimberley – Oh, Dios mío... ¡Lo has matado!

Alex – No importa, ya iba a morir de todos modos. También tú, de hecho. ¡Bebe!

Vuelta a cámara lenta. Kimberley toma la botella y está a punto de beber. En ese momento, aparece el fantasma de Yolanda (silueta enorme cubierta con una sábana blanca o un mantel de mal gusto). El fantasma será interpretado por uno de los actores (o actrices) que se quedaron en el backstage.

Fantasma (voz de ultratumba a ritmo lento) – Pensaste que podrías eludir la justicia de los hombres, Merdida, ¡pero no podrás eludir la de Dios!

Petrificado, Alex suelta su arma. Vuelve al ritmo normal. El fantasma toma el arma y se la lanza a Kimberley, quien la atrapa al vuelo.

Kimberley – ¡Gracias, Yaya! Ahora puedes irte, tengo la situación bajo control...

El fantasma se va riendo con un eco que parece venir de ultratumba.

Alex – ¿Has visto lo que he visto?

Kimberley – Debe ser el efecto de tus space cakes.

Alex – Excepto que yo no comí ninguno...

Kimberley – No importa. Ahora, vas a unirte a Yaya en el más allá, y estoy segura de que ella se ocupará bien de ti...

Alex – No dispaes, estoy seguro de que aún podemos arreglar esto.

Kimberley – Arderás por la eternidad en las llamas del infierno.

Ella lo apunta con su arma.

Alex – ¿Estás segura de que no quieres dirigir este Starfucks?

Kimberley – Has asesinado a mi abuela y has matado al hombre que amaba. Vas a morir...

Alex – ¡Piénsalo! Si me matas, serás tú la que vaya a prisión.

Kimberley – No te preocupes por mí, alegraré defensa propia y crimen pasional.

Alex – Espera, ¿defensa propia o crimen pasional? Porque no es lo mismo.

Kimberley – No trates de confundirme. No porque confunda afrodisíaco con narcoléptico significa que debas tomarme por más tonta de lo que parezco. Si tienes alguna oración que hacer, es ahora.

Sánchez y Ramírez llegan, armados.

Ramírez – ¡No disparen! Y que nadie se mueva.

Sánchez desarma a Kimberley y se acerca a Alex.

Sánchez – En nombre de la ley, lo detengo.

Alex – Pero, finalmente... ¿Por qué motivo? ¡Esta mujer me está amenazando con un arma!

Ramírez – Déjalo. Esta vez tus conexiones no te protegerán, Merdida. Tenemos pruebas.

Alex – ¿Pruebas? ¿De qué?

Ramírez – La carta de amenaza que enviaste a la señorita y la que enviaste a la policía para denunciar su supuesto tráfico fueron escritas con letras recortadas de la misma revista.

Sánchez – El Boletín Municipal de Mekansas City... Probablemente, mientras sobornaba al Sr. Alcalde para obtener sus permisos de construcción, le obsequiaron un ejemplar como muestra de agradecimiento.

Ramírez – De todos modos, encontramos un número de esa revista en la papelera de su escritorio. Las letras utilizadas en la redacción de estas dos cartas fueron recortadas con tijeras.

Alex – Puede que sea yo el autor de esas cartas anónimas, pero no se envía a la gente a la cárcel por tan poca cosa. De lo contrario, la mitad del país ya estaría tras las rejas...

Ramírez – Aun así, se trata de una amenaza de muerte. Creo que será suficiente para que el juez lo impute.

Alex – Propongo que hablemos de todo esto afuera... Este edificio está lleno de explosivos, y he activado una cuenta regresiva que terminará en unos minutos...

Sánchez – Tranquilícese, desconectamos el detonador... Al menos eso creo...

Kimberley (*sosteniendo la estrella*) – Inspector, eso no es todo, tengo aquí la prueba de que fue él quien mató a mi abuela.

Ramírez (*leyendo la inscripción*) – "Alex me mató"... Pónganle las esposas, Sánchez.

Alex – Presentaré una queja al Sr. Prefecto. Oirán hablar de mí.

Sánchez le pone las esposas a Alex.

Kimberley – Lamentablemente, también mató a Brian... Todo es culpa mía, nunca me lo perdonaré.

Pero Brian levanta la cabeza.

Brian – Solo estoy herido, Kimberley, tranquilízate.

Kimberley – ¡Dios mío, está vivo! Hay que cuidarlo.

Sánchez examina a Brian.

Sánchez – Tengo mi certificación en primeros auxilios, no te preocupes. Es solo una herida superficial. La bala solo lo rozó. Con un pequeño vendaje y un poco de esparadrapo, todo estará bien.

Ramírez – Ya sabes cómo son los hombres... Un rasguño y caen desmayados.

Pero gracias a un hábil truco, una enorme mancha de sangre empapa la camisa de Brian.

Kimberley – Sin embargo, está perdiendo mucha sangre, ¿no?

Brian – Me siento desvanecer, Kimberley... Pero no quiero que te sientas culpable...

Kimberley – Arriesgaste tu vida por mí. No vas a morir ahora...

Brian – Escuché lo que dijiste antes sobre mí, cuando pensabas que estaba muerto...

Kimberley – Es verdad, lo admito... Te amo...

Brian – Y yo también te amo.

Se besan, con la mirada tierna de todos los demás.

Alex – Entonces, todo termina bien.

Brian sigue sangrando.

Ramírez – De todos modos, vamos a llamar a la ambulancia...

Se aleja por un momento para llamar.

Brian – Si me recupero a pesar de todo, Kimberley, tengo una pregunta que hacerte.

Kimberley – Te prometo que responderé. A menos que sea sobre la receta secreta de las galletas de Yolanda.

Brian – ¿Quieres casarte conmigo, Kimberley?

Kimberley – Sí, Gordito.

Ramírez regresa.

Ramírez – Es por momentos como este, Sánchez, que no lamento haber elegido esta profesión.

Sánchez (*con lágrimas en los ojos*) – Yo tampoco, jefe...

Ramírez – Una verdadera película navideña...

Sánchez – Pero peor...

Brian – Intentaré aguantar hasta que llegue la ayuda, Kimberley.

Kimberley – Por favor... No podría vivir sin ti.

Brian – En lugar de destruir este edificio insalubre, participaré en su renovación y rediseñaré gratuitamente la decoración horrible de tu salón de té.

Sánchez – Es cierto que es conmovedor, jefe.

Ramírez (*conmovido*) – ¿Tienes un pañuelo?

Sánchez le ofrece un pañuelo sucio. Ramírez mira el pañuelo, frunce el ceño, lanza una mirada de desaprobación a Sánchez, pero se suena la nariz de todos modos. Brian se vuelve hacia Ramírez y Sánchez.

Brian – Ya no conozco a nadie en Mekansas City. ¿Aceptarían ser mis testigos?

Ramírez – Sería un honor para ambos.

Sánchez – Conocen nuestra consigna – proteger y servir.

Kimberley – Si alguien me hubiera dicho que algún día me casaría con Gordito...

Ramírez – ¿Estás seguro de haber desconectado el detonador, Sánchez?

Sánchez – ¿Yo, jefe? ¡Para nada! Usted debía encargarse de eso...

Ramírez – ¿Yo? ¡Pero nunca dije eso! Es usted quien...

Sánchez – Me pregunto si esta comedia no terminará en tragedia, después de todo...

Se escucha una sirena de la ambulancia.

Ramírez – Al menos, la ambulancia no vendrá en vano...

Un retumbo sordo se escucha, aumentando, como el ruido de un edificio que se derrumba.

Negro

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pedro Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pedro Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pedro Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Strip Poker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
¡Bienvenidos a bordo!
Había una vez un barco chiquitito
La función no está cancelada
Milagro en el Convento de Santa María-
Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas Callejeras
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pedro Martinez son libremente descargables desde el sitio
comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Diciembre 2023

ISBN 978-2-38602-101-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.